



EL BARCO
DE VAPOR

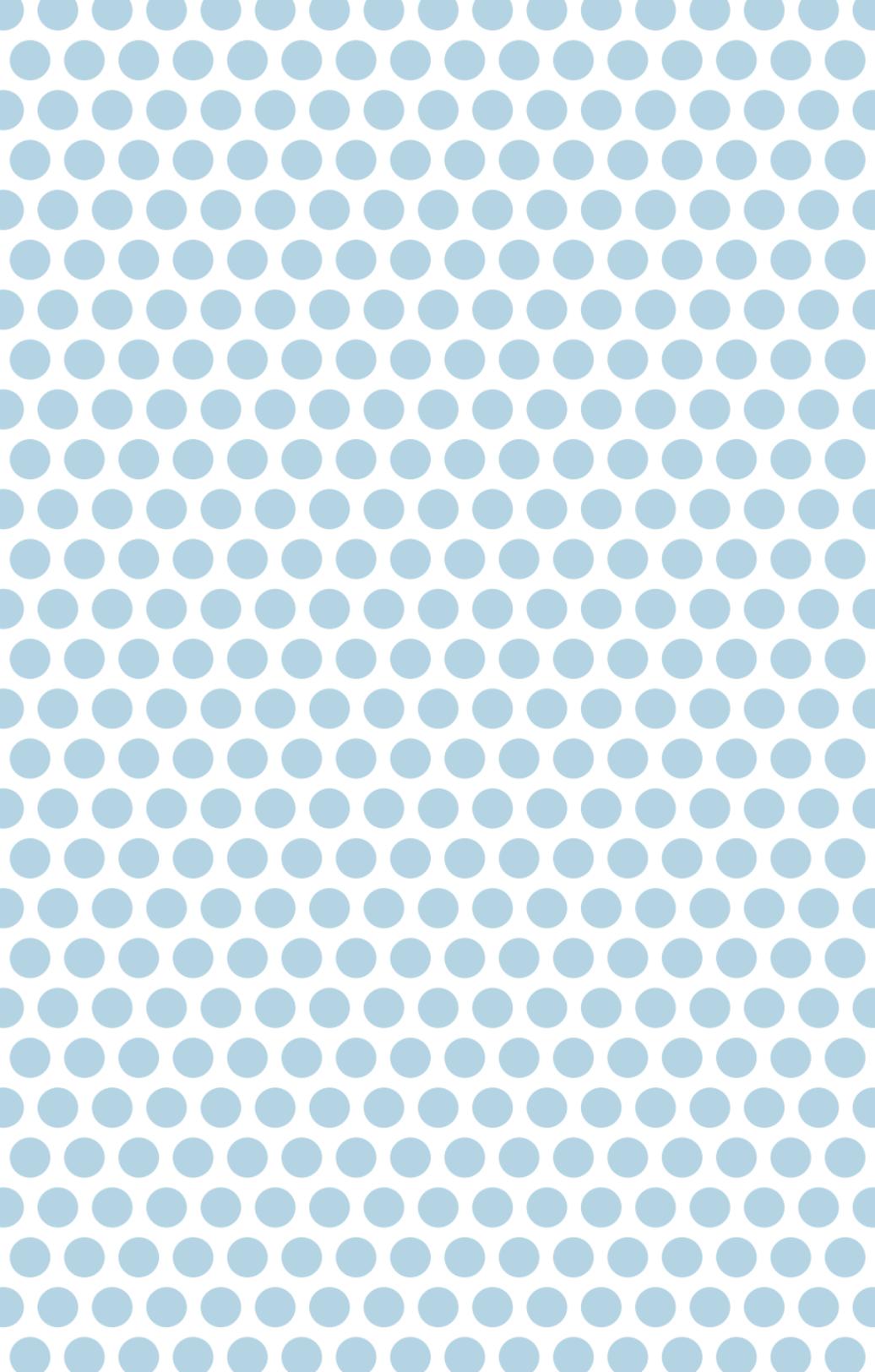
El osito de peluche y los animales

Michael Ende

Ilustraciones
de Daniel Montero Galán



sm





EL BARCO
DE VAPOR

El osito de peluche y los animales

Michael Ende

Ilustraciones de Daniel Montero Galán



Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Iria Torres

Coordinación gráfica: Marta Mesa

Título original: *Der Teddy und die Tiere*

Traducción del inglés: María Teresa Marcos Bermejo

© del texto: Thienemann Verlag (Thienemann Verlag GmbH),
Stuttgart/Wien, 2007

© de las ilustraciones: Daniel Montero Galán, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9598-7

Depósito legal: M-12804-2017

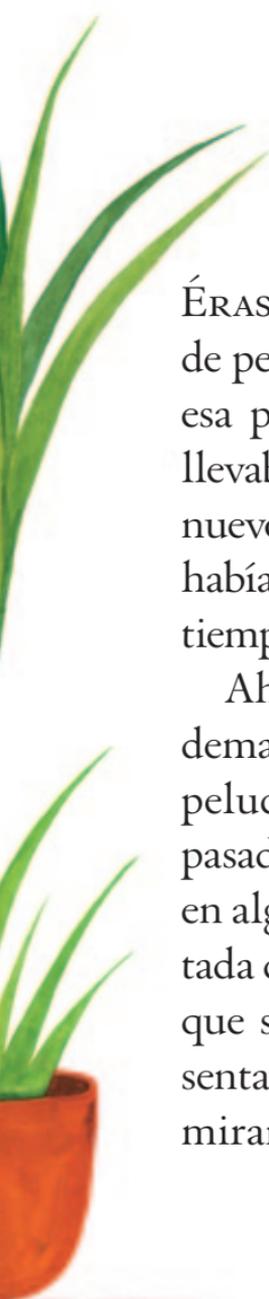
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.









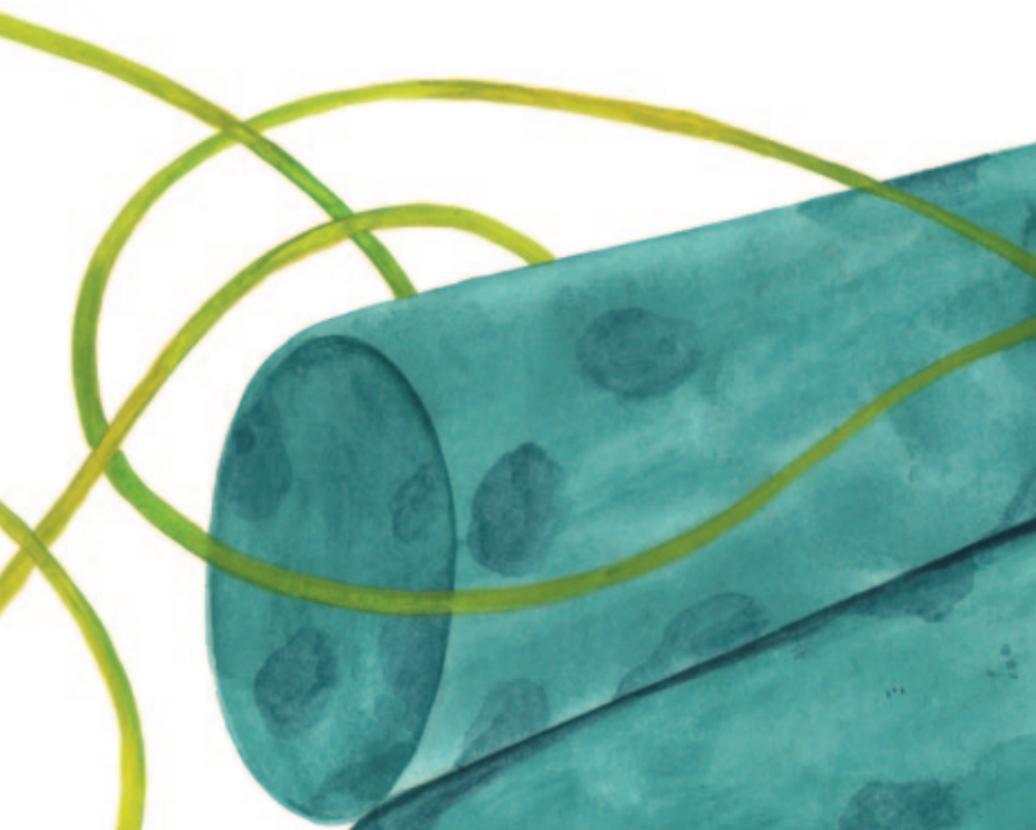
ÉRASE UNA VEZ un simpático y viejo osito de peluche llamado Lavable. Tenía escrita esa palabra en una pequeña etiqueta que llevaba colgada en la oreja desde que era nuevo. Por ello, el niño al que pertenecía lo había llamado así. Aunque ya hacía mucho tiempo de eso.

Ahora el niño iba al colegio y ya era demasiado mayor para jugar con ositos de peluche. Y tampoco para Lavable habían pasado los años en balde. Tenía remiendos en algunas partes y la piel bastante desgastada de tanto lavarlo y cepillarlo. De modo que se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en su puesto de honor en el sofá, mirando al frente.

Pero pasarse día y noche sentado en un puesto de honor no es precisamente divertido, y por eso Lavable se dedicaba de vez en cuando a bailotear un poco por ahí. Pero solo cuando estaba bien seguro de que nadie lo miraba. Si no, le habría dado vergüenza, pues era un poco patoso, como todos los ositos de peluche.

Cierto día, mientras Lavable estaba sentado en su rincón del sofá, como siempre, una mosca se paseó zumbando por la habitación y, finalmente, se posó sobre su nariz.

–¡Hola! –le saludó.







-¡Hola! -contestó Lavable, poniéndose bizco para mirarla.

-¿Qué haces? -quiso saber la mosca.

-Pues ya me ves: aquí sentado -dijo él.

-Sí, ya lo veo -zumbó el insecto-, ¿pero para qué?

-Para nada en particular -repuso Lavable. La mosca se frotó las patas delanteras.

-Pero estarás ahí para algo -insistió.

-No -respondió Lavable-. ¿Eso es importante?



–¡Ya lo creo! –zumbó la mosca–. Todo el mundo está aquí para algo. Yo, por ejemplo, estoy para volar por ahí y chuparlo todo. ¿Tú puedes volar por ahí y chuparlo todo?

–No –gruñó Lavable.

–¡Pues vaya! –zumbó ella de nuevo, bur-lona–. Ni siquiera sabe para lo que está ahí. ¡Eres tonto, tonto de capirote! –se puso a dar vueltas alrededor de su cabeza mientras can-turreaba–. Tonto-tontotonto-loco-locoloco...

Y luego se marchó volando.

